

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Vobis etiam merito accepta referimus, qui tam strenue religionis, et
justitie partes tuendas suscepistis....

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO

Deumque, cuius causam agitis, rogamus ut vos in proposito confirmet.—
Pío IX, al director y redactores de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid 12 rs. al mes.—En Provincias 17 rs. al mes, y 50 por trimestre en casa de los comi-
sionados, y 15 rs. al mes y 42 el trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—
La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Peláyo, números 38 y 40, cuarto principal de la derecha.—
Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.—París: Agencia franco-española de D. C. A. Saave-
dra, 35, rue Taibout.—Mánila: D. Francisco Zudaire, Presbítero.—No se devuelve ningún manuscrito.

CORTES CONSTITUYENTES.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIVERO.

Extracto de la sesión celebrada el día 14 de
Julio de 1869.

Abierta á las dos menos cuarto, y leída el acta
de la anterior por el señor secretario Carratalá, fué
aprobada.

Se dio cuenta, y las Cortes quedaron enteradas,
de los decretos en que se admitía la dimisión de
los ministros de Gracia y Justicia y de Hacienda,
y de los en que se nombra ministro de Gracia
y Justicia al Sr. D. Manuel Ruiz Zorrilla, de Ha-
cienda al Sr. D. Constantino Ardanaz, de Fomento
al Sr. D. José Echegaray, y de Ultramar al Sr. Don
Manuel Becerra.

El Sr. FIGUERAS: En la Constitución del Estado
se halla consignado el principio de que á las
Cortes corresponde el nombramiento del presiden-
te, ministro y fiscal del Tribunal de Cuentas. Podrá
decirse por algunos que la ley referente á este
punto debe ser orgánica; pero como esto es opor-
tuno, yo excoito al Gobierno para que á la mayor
brevedad posible tenga á bien presentar el oportuno
proyecto de ley.

El señor PRESIDENTE: En efecto, es urgente la
presentación de ese proyecto de ley; pero puede
presentarse así por medio de la iniciativa de los
señores diputados como por la del Gobierno.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Acaban de leerse va-
rios decretos admitiendo la dimisión á algunos se-
ñores ministros y nombrando otros nuevos; y si
guiendo la práctica constante, yo rogaria al señor
presidente del Consejo que se sirviera manifestar
si esta mudanza es meramente de personas.

Ruego, pues, á S. S. se sirva dar las explicacio-
nes convenientes, y si no nos satisfacen, tendré-
mos el sentimiento de anunciar una interpelecion
sobre el asunto.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: Tendré el honor de contestar á S. S. tan
pronto como los señores ministros se encuentren
en este banco.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Ruego al señor presi-
dente me reserve la palabra para cuando se sirva
contestar el señor presidente del Consejo de mi-
nistros.

El Sr. SOLER (D. Juan Pablo): Me escriben algu-
nos amigos de Zaragoza que ayer se ha descu-
bierto en el ejército una conspiración carlista; en
lo que, según parece, había el proyecto de asesinar
á los coroneles de los cuerpos y á algunos republi-
canos; inauditos hechos que había aitas personas
no militares comprometidas también. Deseo por lo
tanto saber si el Gobierno tiene noticia de esa
conspiración, y si está dispuesto á hacer que se
cumpla la ley en todos los casos que resulten culpables.

También quisiera saber si es cierto lo que dicen
los periódicos de que los carlistas entran por la
frontera francesa armas, municiones y demás per-
trecenos de guerra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: Parece que para S. S. no son muy satisfac-
torias las noticias que recibe respecto al oido de
las autoridades francesas en perseguir á los per-
turbadores del orden público que andan por aque-
llas fronteras; pero yo puedo asegurarle que esas
autoridades persiguen con la mayor asiduidad á
los carlistas é isabelinos que vagan por allí, ha-
biendo hecho recientemente presas de vestuario,
armas y municiones con la mayor espontaneidad;
son, pues, aquellas autoridades dignas del mayor
elogio, porque tienden á evitar todo conflicto á
nuestra nación.

En cuanto á la conspiración de que S. S. ha he-
cho mérito, le diré que no merece ese nombre. Es
verdad que á un sargento se le han encontrado va-
rios nombramientos de D. Carlos, que se supone
debería repartir entre otros sargentos á medida
que pudiera ir haciendo prosélitos; pero S. S. compren-
de que desde que un sargento tenga esos despa-
chos hasta que la conspiración pueda inspirar cui-
dado á las autoridades, media una inmensa distan-
cia. Las autoridades seguan la pista y en el mo-
mento oportuno hicieron los reconocimientos que
tuvieron á bien, y encontraron esos documentos.
Puede haber, pues, tranquilidad sobre ese punto;
el Gobierno sigue por todas partes esos movimien-
tos, y en su día caerá sobre los delincuentes el
condigno castigo.

Y ya que estoy de pie, tendré la honra de con-
testar al Sr. Sanchez Ruano.

El programa que tuve la honra de exponer al
presentar á la Cámara el ministerio nombrado por
S. A. el regente del reino, presentaba bien defini-
da la marcha política que el Gobierno pensaba se-
guir. Esa es la de hoy y será la de mañana, y sería
fatigar á los señores diputados el reproducir aquel
programa.

Pero dirá el Sr. Sanchez Ruano: si no ha habido
cambio de política, ¿qué necesidad había de que
saliesen unos señores ministros y entrasen otros
á reemplazarlos? S. S. lo sabe, igualmente que to-
dos los señores diputados. Se sentía hace tiempo
la necesidad de que las tres potencias que for-
man la mayoría tuviesen representación en el
Gobierno, y esa necesidad era ya incontestable.
Cuando se formó el Gobierno provisional, por cir-
cunstancias que es inútil explicar, no tuvo lugar
esto: lo mismo sucedió al constituirse el poder eje-
cutivo; pero hoy se había hecho tan apremiante
esta necesidad, que se había creído necesario dar
entrada en el Gabinete á dos dignos miembros de
una de aquellas potencias.

Ha obsecuido, pues, el cambio á la realización
de aquel pensamiento y á la exquisita susceptibi-
lidad de los Sres. Martin de Herrera y Figueras,
personas dignísimas; y aprovecho esta ocasión
para decir en honra de estos señores ministros que
acaban de salir, igualmente que de los Sres. Lo-
renzana, Romero Ortiz y Ayala, que dudo se pue-
dan encontrar hombres más dignos ni de senti-
mientos más levantados, por lo cual, sucede lo que
quiero, yo les conservaré siempre una amistad
muy sincera, noble y leal.

Dicho esto, parece que ya estaba concluida mi
misión; mas hay para los señores algo que nunca
esta demás volverlo á repetir, porque las Cáma-
ras lo oyen siempre con agrado, y esto es, el res-
peto y veneración con que el Gobierno se propone
guardar la Constitución del Estado, y todas las le-
yes que de ella emanan.

El Gobierno será, pues, el guardador de esa
Constitución, y hará que todo el mundo le guarde
el mismo respeto y la misma veneración, siendo
al mismo tiempo severo en todo lo que se refiere
al orden público, porque el desorden nos malicia
irremisiblemente.

Dos palabras me quedan por decir, relativas á la
Hacienda pública, y no estarán de más desde el
momento que el Sr. Figuerola ha sido reemplazado
por el Sr. Ardanaz.

El Sr. Figuerola tuvo la fortuna de inspirar con-
fianza á la alta banca de Europa, y como la entra-
da del Sr. Ardanaz pudiera hacer creer á algunos
que no está animado de los mismos deseos que el
señor Figuerola, yo debo levantar aquí mi voz á
fin de tranquilizar á los que pudieran estar reco-
losos sobre este punto.

El Sr. Ardanaz, hombre distinguido en econo-
mía, buen patriota y celoso del bien de su país,
hará ver con sus actos que la España quiere cum-
plir todos sus compromisos, y que los irá cum-
pliendo á medida que las circunstancias lo per-
mitan. Tranquilícese, pues, los acreedores del
Tesoro español, y tengan la seguridad de que Es-
paña no ha de perder hoy el renombre de noble y
honrada que ha merecido siempre.

No sé si las palabras que he pronunciado ha-
brán podido satisfacer al Sr. Sanchez Ruano. Y
dando por terminada mi contestación en este
punto, dirijo á los señores diputados el ruego que
les dirigi en otra ocasión, y el cual consiste sen-
cillamente en que sean benévolo para todos los se-
ñores ministros, y mucho más para el presidente
del Consejo. (Muy bien, muy bien.)

El Sr. SANCHEZ RUANO: Aun cuando pudiera
ampliar mi pregunta, no lo haré así, porque la
importancia del asunto requiere otra cosa. Contra
lo que yo esperaba, no me han satisfecho las ex-
plicaciones dadas por el señor presidente del Consejo
de ministros; por lo tanto, anuncio sobre este
asunto una interpelecion.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: El Gobierno se halla dispuesto á contestar á
la interpelecion del Sr. Sanchez Ruano cuando
este señor diputado lo tenga por conveniente.

El señor PRESIDENTE: Según acuerdo especial
de las Cortes, no pueden explicarse las interpele-
ciones sin previa autorización, á no ser en los lú-
nes y viernes. Se va, pues, á consultar á la Cáma-
ra si se podrá entrar desde luego á explicar la in-
terpelecion anunciada por el Sr. Sanchez Ruano.

Hecha por el señor secretario Carratalá la pre-
gunta, se resolvió afirmativamente.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Señores diputados:
entre las muchas cosas extrañas que he visto aquí,
ninguna lo es tanto como el espectáculo que ac-
tualmente de presencia con las explicaciones del señor
presidente del Consejo de ministros.

Que no ha habido cambio ninguno de política;
que esta se hallaba bien definida; que solo se la
obediencia á la necesidad apremiante que había de
llevar dos ó tres personas de determinada frac-
ción al ministerio; que el programa expuesto al
reformarse el anterior ministerio es el mismo
de hoy.

Que la política estaba definida. A eso podrá con-
testar de una parte el Sr. Rios Rosas y sus amigos,
que dicen que no lo estaba, y de otra el Sr. Mar-
tos y los suyos, que dicen que necesitaba intro-
ducir en ella otra clase de reformas.

Es, pues, evidente que la política no estaba de-
finida. Y en efecto, ¿cómo había de estarlo? ¿Cómo
había de haber un norte fijo en lo que era una co-
alición monstruosa? Ya sabrá yo que el nuevo mi-
nisterio no había de traer programa, no porque no
lo deseara, sino porque no podía traerlo.

Que respetara y acata la Constitución. ¡No fal-
taba más sino que después que obligas con más ó
menos razón á los demás á jurarla, no la respeta-
ses! ¿Es esto un programa? ¿Es esto algo de lo que
naturalmente exige la gravedad de las circuns-
tancias, y en visperas, según se dice, de suspender
las sesiones? Seguramente que no.

Dentro de la Constitución podía el Gobierno se-
guir una política firme y determinada; pero ¿qué
política es esa? ¿Es la llamada conservadora, olvi-
dándose de la democrática con que se atraban
los aires desde Septiembre hasta que se concluy-
eron las elecciones?

Pues esto necesita explicaciones para tranquiliz-
ar á los que han de ejercitar esos derechos.

De todo esto se deduce que la formación de este
ministerio ha sido anti-parlamentaria. ¿No recibió
el señor ministro de Gracia y Justicia dimisio-
nario un veredicto absoluto de la Cámara? ¿Cómo se
comprende que haya presentado su dimisión y se
le haya admitido? ¿Es que no interpretó bien la
Constitución? Eso no puede ser, ya atendiendo á
lo que ha dicho el señor presidente del Consejo, ya
teniendo en cuenta que el decreto que dio origen
á la cuestión ni se ha retirado ni se retirará.

¿Qué diremos del señor ministro de Hacienda,
que días pasados sufría aquí derrotas más ó menos
completas, y sin embargo continuaba en su pue-
sto, amenazando eternizarse en él, viniendo hoy
de repente á presentar su dimisión? ¿Ha perdido
la confianza que inspiraba á los grandes capita-
listas españoles y extranjeros? ¿Qué es lo que ha
habido?

Decía el señor presidente del Consejo que no ha-
bía por qué preguntar cosas que todos sabemos.
Pues yo ¿por donde he de saberlas?

Yo, señores, respeto á todas las personas que se
sientan en el banco azul; pero necesito exami-
nar la representación política de cada uno de los
señores ministros. Yo veo de una parte al Sr. Be-
cerra y de otra al Sr. Silvela. ¿Quiénes de los dos
ha triunfado? Ninguno.

Puesto que el señor presidente del Consejo dice
que estamos en circunstancias graves y que es
preciso reconocer cuanto ha costado llegar á esta
situación, bueno es que comience por decir qué
es lo que aquí pasa y á donde vamos.

Nos habla S. S. del orden; y yo pregunto: ¿qué
orden es ese? ¿Es la composición armónica de va-
rias personas para formar un Gabinete sin tener
en cuenta las exigencias de la política y los gritos
de la oposición?

Si hay desorden, señores, ese parte de vosotros
que marcháis sin rumbo, sin criterio fijo. Yo con-
vengo en que la situación es grave, y por eso pido
explicaciones, pues á la vista del ministerio solo
veo una cosa clara, y es que las obras públicas
van á recibir gran impulso, porque hay en él tres
ó cuatro ingenieros de manera que habrá muchos
caminos; pero ¿a dónde nos conducen?

Creo que el señor presidente del Consejo se ha-
rá cargo de la importancia que tiene el que este
ministerio no sea verdaderamente parlamentario,
ni se sepa á qué resultado puede conducirnos.

Si las necesidades políticas y de Parlamento no
han exigido ese cambio, vamos á incurrir en los
errores de las administraciones anteriores adop-
tando ese camino. Precisamente uno de los gran-
des vicios de que adolecía la dinastía derrocada
era la existencia de influencias anónimas irres-
ponsables y obstáculos tradicionales. Pues bien; yo
pregunto: ¿hay ahora esas influencias anónimas é
irresponsables que produzcan un efecto comple-
tamente análogo?

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: Siento mucho que las explicaciones que he
dado no hayan podido complacer al Sr. Sanchez
Ruano, y lo siento tanto más, cuanto que no le

puedo dar otras. S. S. debía ya convenirse y sa-
ber que es inútil se me ponga el anzuelo, porque
no he de decir más que lo que prudentemente de-
bo decir, y de seguro que las explicaciones que
he dado han sido bastantes para la gran mayoría
de los señores diputados.

¿A dónde vamos? exclama el Sr. Sanchez Ru-
ano: es preciso que lo sepamos. ¿Y para qué lo
quiero saber S. S., si no ha de venir con nosotros?
S. S. ha de marchar á vanguardia ó quedar á re-
ta-guardia; tome, pues, buena posición, vea nuestros
movimientos, y cuando no vayamos por donde
S. S. crea que debemos seguir, interponga en
nuestro camino, y estará en su derecho.

¿Por qué senda ha de seguir el Gobierno que
no sea la de la libertad? ¿O es que quiere S. S. que
comprendamos á galope y lleguemos á la república
unitaria que S. S. ha soñado? Pues ya hemos di-
cho un día y otro, como diputados, si no lo hemos
indicado como ministros, que no somos republi-
canos, sino monárquico-constitucionales. Este es el
camino que seguimos.

Pero ha dicho S. S. una frase que me ha llama-
do la atención, indicando que no pueden permitirse
irresponsabilidades anónimas. ¿Y qué ha querido
decir S. S. con eso? ¿Hay acaso algún poder irres-
ponsable fuera del que las Cortes han creado en
la persona del regente del reino? ¿No estamos aquí
constantemente al yunque recibiendo los marti-
llos de S. S. y de todos los señores diputados
que quieren aplicarlos?

El día que la Cámara indique su desagrado há-
cia el presidente del Consejo de ministros, no es-
tara ni un segundo en este puesto; y si esto no sa-
tisface al Sr. Sanchez Ruano, no puedo, menos de
decir que es muy descontentado.

Decía S. S. que no podía haber política deter-
minada en este Gabinete, puesto que hay miem-
bros de tres procedencias; y entonces la Constitu-
ción que se ha hecho no valdrá tampoco según su
señoría. Sin embargo, aunque hecha por las tres
procedencias, ha sido tan aceptable para la Cáma-
ra, que se ha aprobado en dos meses, cuando en
otras se ha invertido seis, y años.

¿Exige S. S. que yo responda de si estaremos
de acuerdo en todo lo que pueda suceder en el
porvenir? Pues eso no puede exigirlo. Hoy por
hoy, el Gobierno está de acuerdo en todo, y eso
basta para hacer que desaparezcan esas anomalías
que atormentaba á S. S.

Desea el Sr. Sanchez Ruano saber quién de los
señores ministros representa aquí la política; y yo
puedo decirle que la representa todos juntos; pero
si quiere saber quién la representa más especial-
mente, le diré que el señor Regente del reino me
ha encargado de la presidencia del Consejo de mi-
nistros, y sabido es que el presidente del Consejo
es el que imprime la política, que por otra parte
es nueva, y ya la conoce S. S. El presidente
del Consejo marchará constantemente con la ban-
dera de la revolución y de la libertad en una ma-
no y el hacha del combate en la otra; para hacer
trazar, si es menester, á cualquiera que intente
atacar esa bandera, ni siquiera munciar el lema
de la revolución y la libertad.

El Sr. SANCHEZ RUANO: Sería mucha presun-
ción en mi el creer que podría obligar á S. S. á
decir más de lo que crea conveniente manifestar;
y por otra parte, no es fácil que yo le considerase
como un pez, para tratar de echarle el anzuelo.

Ha dicho el señor presidente del Consejo de mi-
nistros: ¿qué interés tiene S. S. en preguntar? Y
ha querido decir, aunque no lo ha expresado con
toda claridad: ¿qué les importa á esos señores? Y
es preciso que entienda S. S. que preguntamos
porque tenemos no solo derecho para hacerlo así,
sino que además cumplimos con un deber, tenien-
do S. S. la obligación de contestar, porque so-
mos representantes de la nación, y como tales es-
tamos autorizados para ser fiscales de todos los
actos de la señoría. Por eso nos importan todos los
actos del Gobierno, y nos importa hasta la elec-
ción de rey y quién ha de ser este. Y ya sabe per-
fectamente el señor ministro de Marina que nos
importa, que nos ocupamos de esto, y que comba-
temos el que el preñere.

Que va á la libertad, dice S. S. Pero esto no ba-
sta, pues hay muchos modos de ir á la libertad, co-
mo ha habido diversos modos de interpretar la
Constitución, y eso que apenas lleva dos meses de
vida incompleta.

Que no irá el señor presidente del Consejo ni
sus amigos á esa república unitaria que yo he so-
ñado. Si de sueños habláramos, no sé yo quién se-
ría el engañado por esos sueños. Me basta decir
á S. S. que estoy muy despierto y continuare es-
tándolo, y me alegraré mucho de que á algunos
que sueñan les salgan bien los sueños, felicitan-
doles de antemano por ello.

Que no hay para qué hablar de las personas,
puesto que no representan otra cosa que la con-
stitución. Eso no es decir nada. ¿Cómo es esa con-
stitución?

Además, el discurso del Sr. Becerra en una se-
sión celebre, y el del Sr. Martos en otra posterior,
¿están de acuerdo con las ideas emitidas por el se-
ñor Sagasta? Aun cuando el señor presidente del
Consejo conteste afirmativamente, no lo veo así.

Que el presidente del Consejo de ministros es
el que imprime carácter á la política del ministe-
rio. Pues celebremos haberme dirigido en primer
término á S. S., porque es el que principalmente
puede dar las explicaciones convenientes.

Que respecto de lo pasado están de acuerdo los
ministros. Entonces, ¿a que la formación del nue-
vo Gabinete? Que en lo presente también. Pero
¿cómo concebir que haya ese acuerdo entre el se-
ñor Becerra y el Sr. Silvela, y sobre todo entre
los Sres. Ardanaz y Figuerola? ¿Y sobre el por-
venir?

Si para el futuro no sabe el señor presidente
del Consejo si le habrá, yo ruego á la Cámara que
reflexione lo que significa esa política, y de qué
modo S. S. responde á los deseos de S. A. el reg-
ente del reino.

Excoño entrar en otros pormenores. He cumpli-
do con mi deber de representante de la nación,
sin tratar de llevar á cabo ningún acto de hos-
tilidad contra el actual ministerio, pues no quiero
juzgarle sino por sus actos. Sin embargo, debo
decir que si S. S. van por el buen camino y
cumplen con la idea de marchar á la libertad y de
observar la Constitución como se ha observado
hasta ahora, es decir, sin rey y sin cumplimen-
tar los artículos que no pueden observarse por
falta de rey, yo desde luego les manifestaré que es-
taré dispuesto á apoyarlos como puedo hacerlo
desde aquí.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: Yo no he podido negar el derecho que tiene
el Sr. Sanchez Ruano á dirigir preguntas al Go-
bierno, así como reconozco el deber en que están
los ministros de contestar, y no podrá desconocer
S. S. la medida con que el presidente del Consejo

contesta siempre á los señores diputados. Pero de-
sea S. S. saber más de lo que el presidente del Con-
sejo cree prudente decirle, é insiste en que se di-
gan cosas que sabe muy bien. (Pues no sabe
S. S. el por qué de la modificación ministerial? Si
lo sabe, ¿para qué lo pregunta? ¿Hay algún mis-
terio en ese cambio?)

Es preciso que S. S. tenga en cuenta que quan-
do yo hablo aquí, lo hago con toda sinceridad y
buena fe. Es posible que se haga alguna pregunta
que yo juzgue que por ciertas consideraciones no
debe contestarse; pero entonces me callaré y apla-
zará la contestación para cuando las circuns-
tancias permitan dirlas, y en todo caso obro siem-
pre con sinceridad y buena fe.

El Sr. FIGUERAS: Voy á ser breve, señores di-
putados, porque ni el estado de mi ánimo ni el de
mis fuerzas, que se resentían de la influencia de
la estación, me permiten hacer un discurso tan
largo como lo exige la cuestión presente.

Dice el señor presidente del Consejo de minis-
tros que dice siempre lo que siente su corazón.
Pero ¡ah, señor general Prim! El corazón de S. S.
le ha engañado hoy; le ha faltado por la primera
vez, para romper con la coalición que le tiene en-
cadenado como la serpiente á Laoconte. S. S. ve,
como sucedía en Troya, el peligro, y quisiera des-
hacerse del funesto regalo; pero no le es posible
desembarazarse de los lazos con que le tiene aprisio-
nado la serpiente de la unión liberal, que le
imposibilita todo movimiento.

Aquí se debe hablar claro, no para que lo sepa-
mos nosotros, para que el país sepa lo que pasa.
Se atacó al anterior señor ministro de Gracia y
Justicia por un decreto atentatorio á uno de los
preceptos más esenciales de la Constitución. ¿Y
qué resultado del debate que hubo con este moti-
vo? Que los demócratas decían: nosotros queremos
ir al ministerio de Gracia y Justicia, porque se-
gún nuestro criterio y la interpretación que da-
mos á los principios constitucionales, entende-
mos que ahí está la principal garantía del cumpli-
miento de la Constitución.

Y decía la unión liberal: eso no nos conviene;
nos acogemos á la inmovilidad de la magistratu-
ra; la queremos tal como está hoy, porque somos
un partido antiguo y guardamos las tradiciones del
orden.

He aquí los dos campos divididos; pero como in-
daba el Sr. Martos, los progresistas, ya que no
podían formar mayoría por sí solos, pues parece
que necesitan marchar con andadores, debían for-
marla con el centro izquierdo. El Sr. Rios Rosas,
por el contrario, decía que sobre el centro dere-
cho, y añadía algunas consideraciones que venían
á demostrar que un Gobierno de unión liberal
no podía ser el Gobierno de la nación.

Yo hago á los señores del centro izquierdo la
justicia de creer que ninguno de ellos hubiera
consentido que se incurriera en un error que tan-
tas dificultades ha traído y que ha entorpecido y
desviado la marcha triunfante de la revolución.

En seguida de aquella declaración monárquica,
vinieron las elecciones. Todo el mundo predecía
gravísimos trastornos, y no los hubo, porque hay
más sensatez en el pueblo que en sus gobiernos.

Hace veinte días que fué cuando el señor mi-
nistro de la Guerra nos presentó á sus compa-
ñeros, sin que se contra entre ellos ninguna dem-
onstración. ¿Qué ha sucedido después para sentir la ne-
cesidad de dar entrada en el Gabinete al elemen-
to democrático? ¿Han sido los 95 votos del otro
día? No lo digas, porque esto sería vuestro en-
frentamiento. Pero si no es esta la causa, ¿por qué
habéis hecho esa mudanza que no tiene justifi-
cación alguna?

Y aquí viene de molde el decir que si se puede
dar el parabién á los Sres. Becerra y Echegaray,
porque su entrada en el ministerio es una garan-
tía de que los derechos se han de interpretar en
un sentido constitucional, sería forzoso enviar el
pésame á los Sres. Sagasta, Ardanaz, Silvela y To-
pote, que no han entendido esos derechos de la
misma manera.

Supongo que habrá sido un error del presiden-
te del Consejo de ministros sostener que somos
aquí monárquico-constitucionales. Creo que habrá
querido decir monárquico-democrático-constitu-
cional; porque la significación de monárquico-
constitucional es poco simpática en esta Cámara.

Decía también el señor presidente del Consejo
de ministros que hasta ahora estaban de acuerdo
todos los individuos del Gabinete, pero que no po-
día asegurar si lo estarían en lo sucesivo. Pues
esto es lo que constituye la debilidad del ministe-
rio de la mayoría y de la situación, y por consi-
guiente el peligro de la revolución de Septiembre.

Nos ha dicho el señor presidente del Consejo de
ministros que tenía en una mano enbolada la
bandera de la libertad y en la otra el hacha de
combate para rechazar á los que vengan á des-
truir. Pues bien, nosotros tenemos igualmente
en una mano la bandera de la libertad y en la
otra el hacha de combate para destruir á todos
aquellos enemigos á quienes vosotros cobijáis con
grandísima obsecación. No quiero decir otra pa-
labra.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS-
TROS: No comprendo el calor con que se ha ex-
presado hoy el Sr. Figueras. S. S. es generalmente
un razonador suave, pero en esta día, no sé si por
efecto del calor que hay en la atmósfera, le he vi-
sto más enérgico y casi enojado. Pero ¿qué es lo
que le puede enojar al Sr. Figueras? Probable-
mente es el observar la armonía que hay en este
banco y en la mayoría. ¿Y qué le he de decir yo á
eso al Sr. Figueras?

S. S. ha reconocido que tengo corazón para los
peligros; pero me increpa diciendo que no le he
tenido para romper con los señores de la unión
liberal. ¿Ha habido un solo acto ejecutado por los
señores de la unión liberal desde que se consumó
la revolución, de que puedan quejarse ni el presi-
dente del Consejo ni el partido progresista? Si han
sido siempre leales, buenos y condescendientes,
¿qué razón hay para romper con ellos?

Si se ha de romper algún día, que será una in-
mensa desdicha para mi país, no será yo el que
provoque ese rompimiento.

El Sr. FIGUERAS: Me limitaré á consignar una
contradicción que he observado en S. S. Dice el
señor presidente del Consejo que están de acuer-
do, pero que ignora si sucederá lo mismo ma-
ñana.

Sois de la unión liberal, por mas que lo nieguéis.
(Y Sr. Ortiz y Casado: Somos de la revolución.) Ya
veo S. S. lo que produce este error involuntario.
Perdonen S. S.; no son de la unión liberal. ¿Có-
mo se enfadan los señores progresistas porque les
dicen que son de la unión liberal, y mucho más
retráido el hoy!

Si no hay concordancia para el futuro, si no
pueden responder de ella, ¿responderán acaso de
que no la han de romper?

El Sr. MARTOS: Muchas son las alusiones que

se me han dirigido; pero no me propongo reco-
gerlas todas, porque lo que pienso y lo que he
dicho, como lo que pienso y sostienen mis ami-
gos, lo sabe demasiado la Cámara. Dicho se está
que sin abdicación de nadie se puede y se debe
hacer una política de conciliación, y á realizarla
han entrado en el poder mis amigos los señores
Becerra y Echegaray. Y no tengo más que decir
sobre esto.

Pero el Sr. Figueras ha extrañado que yo no
hubiera entrado en el ministerio. Aquí ha habido
más de una combinación ministerial, y en ninguna
entraba personalmente la procedencia democrá-
tica. En presencia de esas modificaciones ministe-
riales que hubieran podido pasar por cambios po-
líticos, los republicanos han callado; y ¿cosa singu-
lar! hablan, interpelean y molestan al Gobierno en
la primera ocasión en que viene á representar, no
solo en las ideas, sino en las personas, todas las
fuerzas que son necesarias para la conciliación de
los partidos que ha de asegurar el movimiento de
la revolución de Septiembre.

He aquí mi extrañeza. Yo creo que el Sr. San-
chez Ruano, que ha extrañado tantas cosas, com-
prenderá que debo á mi vez extrañar esta. Y la
extraño, porque supongo en S. S. buena intención,
que si hubiera malevolencia, entonces no había
por qué extrañarse.

Y no más, señores diputados, que con esto he
dicho ya que mi ausencia del ministerio no signifi-
ca política nada; que donde está el señor
Becerra y el Sr. Echegaray, está la democracia con
su sentido, con su interés, con su carácter.

Ha explicado muy bien la crisis el señor presi-
dente del Consejo de ministros; pero algo quisiera
indicar que confirme sus explicaciones. ¿Por qué
se ha sentido tan tarde, ha preguntado el Sr. Fi-
gueras, la necesidad de la presencia de los hom-
bres del partido democrático en el ministerio? No
se ha sentido tarde por el señor presidente del
Consejo, que la ha querido realizar otra vez: se
ha sentido tarde en la opinión del Sr. Figueras,
y en el momento oportuno, según la mía, para
nosotros.

Hemos pensado discutir y llevar nuestra idea y
nuestro espíritu al

Pero yo, que no enveneno jamás ninguna disolución, tendré hoy que invocar a los diversos jefes de las facciones de esta Cámara.

Por esto mismo que no se encuentre hoy en su sitio un orador tan elocuente y tan autorizado como el Sr. Ríos Rosas; pero en cambio están presentes otros jefes antiguos de la unión liberal. Veo en su puesto al señor marqués de la Vega de Armijo, que dió el grito de la verdadera monarquía en cierta reunión, grito del que protestaron los progresistas. Veo también al Sr. Cánovas, que hace mucho tiempo que no ha hablado y que creo debe hablar en esta cuestión, porque conienza ya, según veo, a interpretarse el código fundamental bajo cuya bandera se agrupó toda la mayoría; y yo, que me levanto a tratar precisamente de la cuestión de los derechos individuales, única que en esta interpección nos interesa, tengo que preguntarle algo acerca de la interpretación que dan a esos derechos.

Pero, señores, ¿qué composición tiene este Gabinete?

La unión liberal conserva las relaciones exteriores, de extraordinaria importancia hoy que esta mayoría lleva sus embajadores a las naciones extranjeras con el encargo preferente de buscar un rey, porque ya no brotan en esta tierra de España esas mortíferas plantas. Tiene también el ministerio de Hacienda, que a falta de tributos llena el Tesoro con empréstitos.

El partido progresista tiene el ejército espiritual y el ejército temporal, la administración de justicia y la administración pública.

¿Qué le han dejado, pues, al partido democrático? Un ministerio puramente facultativo en el cual nada hay que hacer, porque todo lo ha hecho la impaciencia liberal del Sr. Ruiz Zorrilla, y otro ministerio cuyos dominios están más allá del mar, en el cual ministerio ha entrado mi querido amigo el Sr. Becerra, a quien por esta razón podríamos llamar, sin ofensa para S. S., ministro del otro mundo.

Pues bien: la política que sostiene este ministerio, es la de la coalición; y yo os digo que en esta política falta el elemento que ha de ligarla: falta la idea.

El señor presidente del Consejo, que es un gran general, se imagina que, colocados los diversos elementos de la situación en ese banco, tiene ya la situación arreglada, y no mira para nada las ideas. Por eso se ha dado aquí un fenómeno extraordinario, por el cual tengo que pedir explicaciones al señor presidente del Consejo.

Hubo una tarde en que, tratándose aquí de los derechos individuales, se levantó el Sr. Alvarez, persona dignísima, a sostener que eran legítimos, ocupándose prácticamente del derecho de la libertad del pensamiento, de la palabra hablada y escrita, que nosotros consideramos como el más sagrado y más legítimo.

Pues bien: el señor presidente del Consejo de ministros ha ido a ofrecer la cartera de Gracia y Justicia al Sr. Alvarez y al Sr. Martos. De suerte que esta es una política personal, sin ideas, una política de legión que está condenada a una grande esterilidad para el bien y a una fecundidad inmensa para el mal.

Señores diputados, las conciliaciones de dos partidos dan malos resultados. Testigos, 1843 en que triunfó el partido moderado, y 1854 en que triunfó la unión liberal. En esta conciliación van a triunfar todos los elementos reaccionarios, porque os condena a todos a una grande impotencia. Los partidos no pueden confundirse, porque cada uno de ellos representa un momento determinado en la historia.

Pues qué, ¿no os acordáis de la interpretación dada a los derechos individuales? ¿No os acordáis de que todo lo que representan aquí los señores Ardanaz y Silvea es completamente contradictorio con todo lo que ha proclamado y querido la revolución?

El Sr. Ardanaz representa la conservación de un presupuesto para el Clero, un grande ejército, una gran marina, una gran centralización, la continuación de los estancos, la restauración de los consumos, con todo lo cual la revolución es una gran mentira, y la palabra democracia en vuestros labios una gran blasfemia.

¿Qué significa la ascensión al poder del Sr. Becerra, esa tardía concesión hecha al elemento democrático? Yo debo deciroslo al Sr. Becerra, no comprendo, no sé por qué ha salido el Sr. Becerra. Cuando se sentaba en ese banco (señalando el de los ministros), yo le decía que su circular era igual a la del Sr. Sagasta; pero ahora que el señor Becerra está sentado con abnegación en los bancos de la mayoría, la cual con una mano le ha absuelto y con otra le ha lanzado del poder, debo decir que su circular es mucho más liberal que la del Sr. Sagasta.

Señores diputados, yo le recuerdo en este momento al Sr. Becerra la teoría de los derechos individuales que hemos proclamado y definido juntos. (El señor ministro de Ultramar hace una señal de asentimiento). S. S. me dice que si con la cabeza, y yo le ruego que si en esta teoría un poco académica me engaño, me diga que no, y luego hablaremos.

La caída de los poderes irresponsables de muestra que el sentimiento democrático y su forma natural, que es la república, están hoy vivos en el corazón de la generación presente. Los grandes filósofos los han defendido como inherentes a la naturaleza humana.

¿Y qué ha dicho el Sr. Becerra desde su asiento de diputado? Ha dicho que los derechos individuales son la encarnación de la naturaleza humana en las leyes de la sociedad. ¿Por qué están limitados esos derechos? Por el derecho de los demás; por el deber.

De suerte que como el derecho individual no tiene más limitación que el derecho individual de otro, y este derecho individual es ilegítimo, los derechos individuales limitados y legislados por sí mismos, son ilegítimos e ilegales. ¿Es o no esta la teoría del Sr. Becerra? ¡Ah! S. S. que tanto valor ha tenido en las barricadas, ¿qué ahora en ese sitio el valor de sus opiniones? (El señor ministro de Ultramar (Becerra) hace un signo afirmativo). ¿S. S. pues entonces, vuelva hacia el señor ministro de la Gobernación, y dígame que derogue su circular, la cual es un grande ataque a los derechos individuales.

El Sr. Sagasta ha comenzado por confundir el poder administrativo con el judicial, mandando al primero que forje delitos artificiales, para el segundo entienda de ellos. Da suerte que los delitos que S. S. manda fabricar a sus gobernadores, se fabrican contra la Constitución.

Segundo error del Sr. Sagasta: dirigiéndose a los gobernadores emplea S. S. estas palabras: «Permitiré V. S. la discusión». ¿Y quiénes son los gobernadores, ni el Sr. Sagasta, ni la Asamblea entera, para permitir que el último ciudadano ejercite el derecho de la libre emisión de pensamiento?

Pero hay más, señores diputados: ¿cómo es posible que nosotros tengamos confianza en los tribunales, cuando hemos presenciado aquí una lucha titánica entre el partido conservador y el partido democrático, porque al primero no le inspira confianza los magistrados que pudiera nombrar el Sr. Martos, ni al segundo le inspiran confianza los magistrados nombrados por los señores Herrera y Romero Ortiz?

Pues bien, señores diputados, si no os interesa vuestro hogar, templo de vuestra familia; si no os interesa vuestra conciencia, templo de vuestra alma, ¿qué os interesa entonces? ¿Creéis que vale más la propiedad material que la propiedad de vuestra conciencia, en la cual se concentra toda la vida? Yo creo que no; yo creo que la cuestión de los derechos individuales es verdaderamente trascendente.

El Sr. CÁNOVAS DEL CASTILLO: Extrañará el

Sr. Castelar que yo haya pedido la palabra tratándose de una cuestión como la que nos ocupa; pero debo decir algunas palabras para responder a la alusión que S. S. me ha dirigido. Señores, seguramente no hay nadie que no se preocupe en todo su valor el silencio que he guardado hasta ahora; pues quien se ha levantado en otras Cámaras que no tenían como esta el sentimiento, el amor a la libertad, bien hubiera podido defender ante los que hoy me escuchan todas sus opiniones, convicciones y principios.

Y es que yo he dado por justificada mi conducta por nosotros mismos, porque no creo que haya ninguno que dude de que yo tenga el valor suficiente para sostener, no solo mis propios actos y mis propias ideas, sino los actos y la responsabilidad de las personas con quienes he estado asociado en el poder.

Si ahora interrumpo esta conducta que vengo siguiendo, apoderándome de ciertas palabras del señor Castelar, es porque en el estado del país, después de la crisis ocurrida, después de las elocuentes frases del señor presidente del Consejo, y dada la situación de mis antiguos amigos políticos, cumpla un deber de lealtad manifestando que ni mi voz, ni mis consejos, ni mi silencio, ni nada de cuanto yo hago o dejo de hacer en esta Cámara desde mi punto de vista especial, puede comprometerlos, ni por ello se puede dudar de la lealtad con que apoyan a la actual situación.

Pero no por eso me he convencido, ni abjuro de las ideas que siempre he profesado, porque a mí no me convencer los hechos cuando son fuerza, sino cuando son experiencia. Hasta aquí todo lo ha dicho la victoria, y yo no me he dejado vencer por la victoria. Yo aguardo en esta actitud con calma, lealtad y desinterés, a que me presente el fruto de esa experiencia; demostraré prácticamente que conforme a esa Constitución que habéis votado, podéis crear una monarquía firme, mantenerla, devolver a las clases conservadoras la confianza, mejorar el estado de las clases proletarias, y yo entonces bajaré mi cabeza, me daré por convencido. Mientras tanto seguiré con mis dudas, si bien no os creo ni os crearé nunca dificultades para el porvenir en vuestro camino.

En esta situación, y no teniendo que contribuir a un orden de cosas determinado, libre de todo compromiso, no me opongo a las transacciones; lo que no haré jamás es transigir con lo desconocido.

Transigiré dentro de la monarquía con la monarquía verdadera; transigiré con lo conocido, con lo concreto, y de este modo creo que transigiré todo el país.

Por lo demás, ni con la explicación del elocuente Sr. Castelar, ni con cuantas explicaciones se han dado y se den en lo sucesivo, podré yo nunca admitir ni entender los derechos individuales ilegales. No; la ley es el derecho de todos condensado en un texto escrito; los derechos individuales se limitan unos por otros; esos derechos son legítimos para asegurar la libertad de cada uno por medio de la ley, pues si no fuera por la ley habría que acudir a la fuerza, la cual constituiría a la sociedad en estado salvaje.

Así es que tiene razón el Sr. Castelar. Aquí no hay en el día libertad de imprenta sino por la tolerancia del Gobierno, porque el Gobierno quiere dejar a la imprenta en libertad; pero en el instante que las necesidades políticas, que la pasión política o una creencia determinada del Gobierno reclaman la represión, entonces no habrá más remedio que variar de sistema.

Hay, pues, que hacer desaparecer esta logomaquia de que he hablado; hay que dar el verdadero sentido al artículo 1.º de la Constitución con respecto a los derechos individuales; hay que llegar con prudencia a concretar las aspiraciones racionales y justas.

Hechas de una vez para siempre las declaraciones que ha oído la Cámara, concluyo dando las gracias por la atención que me ha dispensado.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Me levanto con motivo de una alusión personal del Sr. Castelar; no porque me crea investido con el pomposo título que S. S. ha querido darme, sino porque hace tiempo que vengo siendo objeto de alusiones por parte de los señores que se sientan en el eslabado de la Cámara (señalando a los bancos de la izquierda), y necesito decir algunas palabras, confiando siempre en vuestra benevolencia.

A pesar de todo, no molestaria hoy vuestra atención, si no hubiera creído que la posición especial en que me encuentro con otros muchos de los individuos que vienen de la unión liberal, hacia necesarias algunas explicaciones.

Hombre de la revolución antes y después de ella, haré cuantos sacrificios sean necesarios para consolidarla.

Yo, señores, creo que los hombres que han hecho la revolución prestan un grandísimo servicio apoyando a un ministerio en el cual están representados los tres elementos que a ella han concurrido, pues en la consolidación de las conquistas de la revolución todos estamos igualmente interesados.

Respecto a los derechos individuales, yo debo declarar que estoy conforme con la interpretación hecha por el señor ministro de la Gobernación, y que los entiendo tal como han sido explicados y entendidos por diferentes individuos de las tres facciones de la Cámara que formaban parte de la comisión de Constitución.

El Sr. MORET: Señores diputados: habiendo tenido el honor de ser individuo de la comisión de Constitución, me considero siempre en el deber de salir a su defensa cuando se la ataca.

Hay aquí una idea concreta y capital en la cual estamos todos de acuerdo, y esta idea voy a presentarla. Antes de ahora se ha creído que la libertad era una concesión del poder, y así se nos ha dado algo de la imprenta, algo de la reunión, y algo de la asociación con restricciones. Hoy hemos sustituido a esta base otra: hoy decimos que la libertad es la naturaleza del hombre, es una de aquellas cosas sin las cuales no puede existir.

Pero vamos a la práctica que es el punto grave de la cuestión. ¿Cómo han entendido algunos los derechos individuales? Hay un hecho, hay una manifestación que puede causar perjuicio al poder; pues entonces nace una ley que declara de una manera terminante que ciertos actos no pueden ejecutarse. Pues esto es lo que rechazamos los que hemos escrito la Constitución.

Y así me alcanza que esto puede producir miedo o temor a ciertas naturalezas; pero las leyes no se han hecho por los tímidos y recelosos, porque como decía elocuente el Sr. Ríos Rosas, quien de miedo se alimenta, de miedo muere.

Porque, señores, hoy las clases conservadoras no son como en otro tiempo algunos individuos privilegiados; hoy pertenecemos a ellas todos los que tenemos algo que conservar y que perder. Y si esas clases no ayudan al Gobierno, y el resultado es como he dicho la ruina de la revolución, entonces comprenderán que les hubiera tenido más cuenta apoyar un sistema político dentro del cual tienen no solo asegurados sus derechos, sino que también ven aumentarse la legítima influencia que por su posición les corresponde.

Los Sres. CÁNOVAS DEL CASTILLO y MORET rectifican.

El Sr. CASTELAR: Dos palabras, señores diputados, porque conozco que la Asamblea se halla fatigada y yo lo estoy también.

Yo me hubiera a mí vez incomodado aunque benevolamente, con mi amigo el Sr. Cánovas, por la palabra logomaquia, a no haberla explicado convenientemente en mi sentido. Ha dicho el Sr. Cánovas que en todos tiempos y en todos los países se ha reconocido que hay algo superior a la legislación. Pues bien; ese algo que hay superior a la legislación, es la personalidad humana.

Esa logomaquia se traduce por las leyes filosóficas y desiguales a la realidad; esa logomaquia se llama en la industria el vapor que devora las distancias y que arranca el rayo de los cielos para ponerlo a su servicio en las manos del hombre; esa logomaquia es la obra de la democracia, es el sufragio universal.

Y aquí tengo que dirigir algunas palabras al señor marqués de la Vega de Armijo. El señor marqués de la Vega de Armijo ha dicho, y ha dicho bien, que la interpretación del Sr. Sagasta era una interpretación represiva, y en esto ha abundado también el Sr. Cánovas. Pues bien, el Sr. Martos pide una interpretación lata y expansiva.

El señor marqués de la VEGA DE ARMILLO: Yo no he dicho que la interpretación hecha por el señor ministro de la Gobernación era restrictiva, sino que la que S. S. daba era abusiva.

El Sr. CASTELAR: Pido la palabra.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): La tiene V. S.

El Sr. CASTELAR: La interpretación que yo he dado a los derechos individuales es la interpretación que me ha enseñado, porque es mas antigua que yo en la democracia, mi amigo el Sr. Becerra. Si esa interpretación es abusiva, el señor marqués debe preguntárselo al señor ministro de Ultramar.

El Sr. RÍOS ROSAS: Siento no haberme hallado en el salón cuando ha sido aludido; pero en mi calidad de empleado, he tenido que cumplir un deber hasta las cuatro de la tarde en otra parte.

Si hubiera estado aquí, habría recordado algo de lo que ha pasado en esta discusión iniciada con motivo de las circulares. Habría recordado que cuando expliqué sin distinciones ni logomaquias, ni apelar a calificaciones de ilegales ni de imprescriptibles, como entendía los derechos individuales la Cámara me escuchó con silencio, incluso de parte de los señores que se sientan en aquellos bancos. (Señalando a los de la izquierda).

Aquí estoy para entrar en ese debate cuando a él se me lleva; ese es mi deber y mi derecho, y puedo decir a mi amigo el Sr. Castelar, que cuando quiera discutir el sentido que yo doy a los derechos individuales, en mi campo me encontrará.

Dicho esto, no tengo más que añadir. S. S. están en su derecho al tratar de producir excoición y divisiones en las mayorías; esto es natural en las minorías, como es natural en las mayorías resistir esas indicaciones.

El Sr. FIGUEROAS: He sentido más que nadie que el Sr. Ríos Rosas no haya estado presente a este debate, porque tal vez su potente palabra hubiera derramado alguna luz en la confusión que reina en él desde la formación del nuevo gabinete.

Hoy que vemos que todas aquellas iras se han desvanecido ante el sol del poder, trasmos a la cuestión de nuevo. El Sr. Ríos Rosas ha terminado con una frase clara y urbana, pero arrogante. S. S. ha dicho que si se le buscaba, en su campo se le encontraría; yo permitiendo variar un poco su frase le diré: ¡Ay de ti si al Carpio vomas!

El Sr. RÍOS ROSAS: ¡Ay de ti si al Carpio voy!

El Sr. CASTELAR: Señores: la cortesía me obliga a dirigir algunas palabras a mi amigo el Sr. Ríos Rosas. S. S. confunde el respeto a su persona y la admiración de su elocuencia con el asentimiento a sus ideas, y no es eso: nosotros respetamos mucho al Sr. Ríos Rosas; nosotros le oímos siempre con grande atención a su palabra y a su mérito; pero nosotros reprobamos siempre sus tendencias y sus ideas.

El señor ministro de FOMENTO: Renuncio la palabra.

El señor SECRETARIO (Carratalá): Habiendo hablado más de tres horas en esta interpección, se pasará a otro asunto.

Así se acordó.

ORDEN DEL DÍA.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): Se va a proceder a la votación definitiva de varias leyes.

Leído por el señor secretario Carratalá el proyecto de auxilio a las empresas de los ferrocarriles de Asturias y de Galicia, y habiéndose pedido por suficiente número de señores diputados que fuera nominal, se verificó así, resultando haber dicho sí 102, y no 40, y por consiguiente, no pudo tener efecto la votación.

El señor ministro de la Gobernación, previa la vena de las Cortes, ocupó la tribuna y leyó un proyecto de ley sobre abusos de tiempo a los que hubieran servido en la milicia nacional de 1820 a 23, y otro declarando competentes a los jueces de paz para penetrar en el domicilio en persecución de delitos.

Estos proyectos pasarán a las secciones para nombramiento de comisión.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): Tiene la palabra el Sr. Romero Ortiz.

El Sr. ROMERO ORTIZ: Es para dirigir un ruego a la mesa.

Puesto que no hay en Madrid número suficiente de votaciones para votar leyes, como lo demuestran las votaciones de ayer y de hoy, yo ruego al señor presidente que pueste de acuerdo con el Gobierno procure la manera que estime más conveniente de poner término inmediato a las sesiones, siquiere no sea más que por evitar el triste espectáculo que estamos dando al país.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): La mesa se pondrá de acuerdo con el Gobierno para este asunto, y se dará cuenta a las Cortes de la resolución que sobre él se crea conveniente.

Tiene la palabra el Sr. Marquina.

El Sr. MARQUINA: Era para decir lo mismo que acaba de manifestar el Sr. Romero Ortiz. Nada tengo ya que decir, por lo tanto, y renuncio la palabra.

El Sr. SANTA CRUZ: Pido la palabra.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): La tiene usia.

El Sr. SANTA CRUZ: El día pasado, tratándose aquí de la cuestión del ferro-carril de Galicia, dirigí algunas palabras a las Cortes, en las que manifesté que no había tomado parte ni en la discusión, ni en ninguna votación, que no pensaba tomarla. Sin embargo de esto, señores, en el momento que se ha procedido a la votación definitiva de la ley, he creído de mi deber como diputado votar, aun cuando he votado en contra.

Por consiguiente mi ruego a la mesa es, señor presidente, que tomando las providencias, valindose de las influencias legítimas que la mesa tiene, procure que esa ley, como todas las que las Cortes han votado, llegue a tener la aprobación definitiva de la Cámara. Esto honrará al Parlamento, esto nos honrará a todos.

El Sr. SORNI: Señor Presidente, se ha aludido por el Sr. Santa Cruz a la minoría, y tengo que hablar en nombre y representación de ella.

El Sr. SANTA CRUZ: Señor Presidente, pido la palabra, porque acaso puedan evitarse las que ha de pronunciarse el Sr. Sorni.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): El señor Sorni tiene la palabra.

El Sr. SORNI: Tengo que decir a los señores diputados que estarán muy oportunamente dichas las palabras que ha pronunciado el Sr. Santa Cruz respecto a la precisión o obligación que tenemos de votar; pero si ha aludido a la minoría republicana, tengo que decir que no pueden ser aplicadas esas palabras, porque cada individuo de la minoría, ha votado en pro ó en contra, según su conciencia le ha dictado.

El Sr. SANTA CRUZ: Pido la palabra para rectificar.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): La tiene V. S.

El Sr. SANTA CRUZ: Nada ha estado más lejos de mi ánimo que aludir a ninguna minoría política del Parlamento.

Por lo demás, mi deseo es igual que el del señor

Sorni: que no se tome la medida de cerrar las Cortes, para que no se pueda decir que las Constituyentes de 1869 se han cerrado por no haber diputados para votar leyes. Eso sería muy sensible, tanto más cuanto que aun en Madrid hay todavía suficiente número de señores diputados.

El Sr. DIAZ QUINTERO: Pido la palabra.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): ¿Con qué objeto?

El Sr. DIAZ QUINTERO: Con el de rectificar supuestos equívocos que se están aquí sentando. Yo he tenido el honor de contar esta tarde, al ir a verificarse una votación, el número de señores diputados que había en el salón, y eran 203. Lo que hay aquí, señores, es que muchos señores diputados no quieren votar ciertos proyectos de ley, y por eso precisamente he pedido yo que la votación fuera nominal.

El señor VICEPRESIDENTE (Cantero): Queda terminado este incidente.

Orden del día para mañana: los asuntos pendientes.

Se levanta la sesión.

Ran las seis y cuarto.

PARTE EXTRANJERA.

DESPACHOS TELEGRÁFICOS.

PARIS, 14.—M. Rouher saldrá esta noche para Carlsbad; su viaje debía realizarse anoche pero el ex-ministro tuvo a última hora que aplazarlo hasta hoy.

LONDRES, 14.—Hoy ha tenido lugar un nuevo Consejo de ministros: no hay acuerdo todavía sobre las enmiendas votadas por la Cámara de los llores al bill relativo a la Iglesia de Irlanda.

M. Gladstone y la mayoría de los ministros opinan que deben rechazarse la mayor parte de dichas enmiendas, y otros ministros creen que conviene aplazar la solución de la cuestión hasta el mes de Noviembre.

Mañana el proyecto reformado por la alta Cámara de los comunes.

PARIS, 13.—En la sesión de hoy del Cuerpo legislativo con motivo del acta, Mr. Jules Favre protesta contra la contradicción que hay entre el mensaje y el decreto que prorroga las sesiones de la Cámara, y dice que este decreto es también una contradicción.

Estas palabras dan lugar a reclamaciones, rumores y gritos al orden.

El presidente llama al orden al orador.

Mr. Jules Favre continúa hablando.

El ruido impide oír.

La izquierda aplaude.

El presidente llama nuevamente al orden al orador.

Se extraña que en la mañana del día siguiente de efectuarse un gran acto liberal, se produzca una protesta, no solamente contraria al reglamento, sino también contraria al pensamiento del país. (Aplausos.)

El presidente lee el decreto de prórroga, se levanta la sesión y la Cámara se separa silenciosamente.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 15 DE JULIO DE 1869.

EL NUEVO MINISTERIO.

Hasta hoy no hemos podido hablar seriamente del nuevo ministerio, porque sólo ayer a la hora en que este se presentó a las Cortes pudimos tener la seguridad de que se había formado. Tales han sido las dificultades que ha habido que vencer en la pasada crisis y tales las peripecias que han ocurrido, que aun ayer mismo nos contaba un periódico que anteañoche, después de jurar los nuevos ministros, todavía se presentó alguna nueva dificultad nacida, según se dice, de la excesiva delicadeza de algún ministro que quería hacer dimisión de su puesto para que entrase en él el Sr. Martos.

Pero al fin se han vencido las dificultades, se han separado todos los obstáculos, y dando el general Prim al decir de sus panegiristas, muestras de un talento y de una habilidad política que nadie sospechaba, ha reunido en el Consejo de S. A. el Sarmiento, señor regente (Q. D. G.) la representación de los tres partidos monárquicos liberales de la Cámara constituyente.

Como es costumbre en casos semejantes, después de presentarse el nuevo Gabinete, o mejor dicho, antes de que se presentase, apenas leídos los nombramientos de los nuevos ministros los ilustres representantes del país pidieron explicaciones acerca de la modificación ministerial, disparando a quemarropa el republicano señor Sanchez Ruano la siguiente pregunta al general Prim: «La modificación ministerial de que se nos acaba de dar cuenta, ¿significa un cambio de personas?» A lo cual contestó el general Prim que el Gobierno no había pensado ni pensaba cambiar en lo más mínimo de política, y que la modificación ministerial no significaba más que la necesidad que todos sentían de que el Gabinete estuviera formado por representantes de los tres partidos coaligados.

El Sr. Ruano que no quedó satisfecho con esta explicación, anunció una interpección y esplanándola en seguida, después de recordar algunos hechos recientes, precursores de la crisis, dijo que el ministerio no tenía política ninguna. Y en efecto, así parece, si por política se entiende aquí un sistema de Gobierno conocido. Pero por ventura, ¿hay sistema alguno en el Gobierno desde que triunfó la revolución de Setiembre?

La fórmula de unión o de coalición de los partidos triunfantes fué la de los famosos derechos individuales. Mientras se trata únicamente de ponderar la preciosa conquista de la civilización moderna, simbolizada en esos derechos, todos están de acuerdo o al menos fingiendo estarlo; pero cuando se trata de la aplicación concreta de esos mismos derechos, empiezan las distinciones y las interpretaciones, y cada partido se va por su lado, y aun sucede que un mismo partido se va por diferentes lados según los casos y circunstancias. ¿No lo hemos visto prácticamente? Los unionistas hacen la ridícula distinción entre el derecho y el ejercicio del mismo, y sostienen que aquel es ilegítimo, pero este no. Los de-

mócratas proclamaban la ilegítimidad de los derechos y de su ejercicio, pero en cambio el maestro de la democracia española, el Sr. Rivo-ro, con su autoridad de alcalde popular de Madrid legisla para coartar, como bien le place, el ejercicio de los famosos derechos en cuanto está a su alcance. Por otra parte, los progresistas tan dispuestos están a irse con los unionistas como con los demócratas en teoría, pero en la práctica se permiten coartar el ejercicio de los derechos individuales. En fin, diez meses llevamos de período constituyente, diez meses sin cesar de hablar de los derechos personales, imprescriptibles e ilegales, y al cabo de ese tiempo y después de haber hecho una Constitución, esta es la hora en que no sabemos a qué atenernos respecto a tan debatida materia.

Pues si los derechos individuales son la base de la conciliación monárquico-democrática, y los conciliados no están de acuerdo acerca de la inteligencia de esta base, ¿qué política ha de tener el Gobierno que quiera ser el reflejo de la conciliación?

Hé aquí por qué tiene razón el Sr. Sanchez Ruano al decir que el Gobierno no tiene política ninguna. Hé aquí por qué el general Prim pudo contestar con mucha verdad que la modificación no significaba un cambio de ideas o de política; porque lo que no existe no se puede cambiar.

Por eso, porque el Gobierno no obedece a ningún sistema político, sigue en su puesto el señor Sagasta después de expedida una circular interpretando los derechos individuales de un modo contrario a las ideas democráticas, y no solo sigue el Sr. Sagasta en su puesto, sino que los demócratas han entrado a prestarla su apoyo, sin perjuicio de seguir predicando la ilegítimidad de los derechos individuales. Por eso, porque el Gobierno no tiene sistema ninguno, pueden vivir juntos unionistas, progresistas y demócratas. Pero por eso mismo también los descontentos encuentran siempre pretextos para hacer la oposición al Gobierno, y es seguro que si las Cortes siguieran reunidas quince días, veríamos pasar al Gobierno por una nueva crisis como la que acaba de resolverse.

Sentados estos precedentes, ¿qué más hemos de decir para indicar el juicio que formamos del nuevo Gabinete? ¿Qué podemos esperar de él? Esperar nada, temer algo, especialmente de los nuevos ministros. Todo el Gabinete en general y particularmente los que son nuevos en sus departamentos, tienen necesidad de justificar su posición y dar muestras de su liberalismo, é impelidos por este aguijón es más que probable que nos den algo que sentir. Por ejemplo, el señor Ruiz Zorrilla, ¿no ha de sentir excitados sus instintos liberales al verse colocado en la poltrona de Gracia y Justicia? ¿No ha de sentir el deseo de señalar su paso por tan importante departamento dejando impresos en él sus propias huellas? Raro es el ministro de Gracia y Justicia, progresista, que no haya dejado un vivo recuerdo en su administración a los Obispos, al Clero, y a todos los católicos en general, y siendo el Sr. Ruiz Zorrilla un progresista de los más progresistas, bien podemos estar dispuestos; ¿qué mucho que no quiera ser menos que sus antecesores?

El Sr. Echegaray no es conocido en política mas que por sus famosas investigaciones geológicas en las afueras de la puerta de Fuencarral, y no nos atrevemos a pronosticar cual será su conducta en el ministerio de Fomento; pero habiendo entrado en él como representante de la fracción democrática que por primera vez tiene parte en el poder, es mas que natural que se esfuerce por dejar señales de este ensayo parcial de Gobierno democrático. En el mismo caso que el Sr. Echegaray se encuentra poco más o menos el ex-republicano Sr. Becerra, que desde su clase particular de matemáticas en las inmediaciones de la plaza de la Cebada, ha pasado a ocupar un asiento en el banco azul, y a ser jefe universal de todos los ramos de la administración de Ultramar. No sabemos cómo recibirán este nombramiento nuestros compatriotas del otro lado de los mares, pero tememos mucho que sólo la noticia cause un serio disgusto a los voluntarios cubanos, o sea al partido español.

En cuanto al Sr. Ardanaz, a pesar de los discursos en que por espacio de diez años nos ha demostrado más que su aptitud sus deseos de ensayarse en el ministerio de Hacienda, reuelamos que la carga sea superior a sus fuerzas.

En suma, ni el orden, ni la administración, ni los verdaderos intereses del pueblo pueden prometerse cosa alguna de la última modificación ministerial. Ya lo ha dicho el general Prim, esta modificación es simplemente un cambio de personas. Es decir, que en general seguiremos como hasta aquí en el mismo desacierto, en la misma anarquía, con igual intranquilidad y desasosiego; con sobra de inercia, con falta de verdadera libertad y agobiados los pueblos cada vez mas por el peso de las ambiciones personales, única política de la España con honra.

Ya tenemos ministerio nuevo, y van cuatro desde la revolución. Pedir más fuerza gollería. Todos los días hay rumores de crisis; cada semana anuncios de cambio ministerial, y cada mes reforma del Gabinete. Y todo ello sin resultado alguno práctico, pues los mismos apuros, por no decir mayores, tiene hoy la situación que tenía ayer.

Los situacioneros viven al día, y cada paso que dan, es un tropiezo: procuran mejorar de estado, pero no concen las causas del mal, y creen conseguirlo con la entrada o salida de tal o cual ministro; o con halagar un poco a es-

ta ó aquella fracción, para que no acabe de descomponerse la ya desbandada mayoría.

Así es, que van de mal en peor, y están condenados, indefectiblemente á ver la muerte de la situación revolucionaria. Si se empeñan en sostener la ficticia conciliación, no podrán moverse, y se verán reducidos á la esterilidad: y por otra parte, al primer paso que den, rota la conciliación, todo se lo lleva la trampa. Esto lo confiesan los mismos revolucionarios.

De manera que la situación actual es lo más absurda y anómala que puede darse. Hay una sombra de conciliación, bajo la cual viven la división y el antagonismo, y, sin embargo, se pretende formar un ministerio de conciliación como si esto fuera posible.

Bien lo decían ayer el Sr. Sanchez Ruano y el Sr. Figueras, al interpellar al general Prim sobre la última modificación ministerial. ¿Cómo vais á gobernar? ¿Qué política vais á seguir? ¿La que representa la unión liberal, ó la que representa el partido democrático? ¿El criterio de Ríos Rosas ó el de Martos?

Grande es la diferencia que hay entre uno y otro: aquel se ha declarado conservador, moderado, dentro de la Constitución: este, radical, sosteniendo con lógica los principios democráticos. ¿Qué hacen, pues, juntos en el Gabinete, Silvela y Echegaray, Ardanaz y Becerra?

Los demócratas han defendido los derechos individuales sin limitación: el Sr. Sagasta ha dado circulares restrictivas de estos derechos, y los unionistas, por boca del Sr. Ríos Rosas y por decretos del Sr. Herrera, han dado á conocer que quieren más restricción todavía; ¿cómo, pues, ha de haber unidad de miras en el actual ministerio? ¿Cómo ha de resolverse una crisis que surgirá de seguro en cuanto se dé un decreto de importancia?

El general Prim, sin embargo, dice y repite que la mayoría está y estará unida, y que la conciliación no se romperá y que la política será la misma que hasta aquí. Añade que no le inspira cuidado la situación; pero es porque no la conoce ó porque no quiere decirlo. Terminantemente afirmó ayer el Sr. Martos, que la entrada de los demócratas en el Gobierno, se ha hecho necesaria desde el momento en que es preciso imprimir carácter á la política; lo cual quiere decir, por más que el Sr. Martos procuró disimularlo, que es necesario que la política sea democrática y no unionista.

El general Prim decía á los señores Ruano y Figueras, que la entrada de los Sres. Becerra y Echegaray en el ministerio, no obedece á otra cosa más que á la necesidad de constituir una situación con hombres de los tres partidos. Pero los hombres significan algo, y ciertamente no es la misma la significación política de Ardanaz que la de Becerra.

El ministerio constituido con tales elementos, no puede vivir. La discusión que ayer se entabló sobre los derechos individuales y su interpretación, es una prueba de ello.

En los periódicos liberales ha aparecido el siguiente suelto y la comunicación que le sigue:

«En la noche del 11 del corriente falleció en esta capital una joven perteneciente á la Iglesia evangélica matruense. Practicadas las ordinarias diligencias para el enterramiento del cadáver, la familia de la difunta halló dificultades en la parroquia, por consecuencia de las cuales, el presidente del comité evangélico se dirigió al alcalde popular reclamando su auxilio, y esta celosa autoridad dispuso lo que nuestros lectores podrán leer en la siguiente comunicación:

«Ayuntamiento popular de Madrid.—Presidencia.—Don esta fecha digo al señor Vicario general eclesiástico lo siguiente:

Doña Paulina Gómez, habitante en la calle de Juanito, núm. 10, perteneciente á la Iglesia evangélica matruense, ha fallecido á las diez de la noche de ayer. Declarada por las Cortes Constituyentes la libertad de cultos, tiene derecho como española y como protestante á que sus restos descanen en los cementerios generales, en los cuales pueden ser inhumados con las ceremonias propias de la religión á que pertenece. En estado epidémico, por otra parte, la población, y transcurridas ya bastantes horas desde su fallecimiento, es necesario que dentro del término prescrito en las leyes de sanidad, quede inhumado el cadáver y cumplidas todas las condiciones que dichas leyes exigen para evitar las funestas consecuencias que su falta de cumplimiento pudieran ocasionar.

Me dirijo, por tanto, á V. S. para que sin pérdida de un momento, se sirva dar las órdenes oportunas al encargado del cementerio general del Sur, á fin de que en los términos anteriormente indicados se verifique el enterramiento del cadáver de doña Paulina Gómez, previa solamente la presentación del certificado correspondiente.

Lo que traslado á Vd. para su conocimiento y en contestación á su atento oficio de esta fecha. Dios guarde á Vd. muchos años. Madrid 12 de Julio de 1869.—Nicolas M. Rivero.—Sr. D. Julio Carrondo.

Hora era ya de que se practicara resueltamente una de las conquistas de la revolución. El acto provocado por el señor alcalde popular establece ya jurisprudencia sobre cementerios, pues es irrefragante que subsistieran entre los muertos separaciones que afortunadamente han desaparecido entre los vivos.

Esto no es ya la libertad de cultos, es la persecución de los católicos, y pasa la medida del sufrimiento.

¿Quién es el alcalde popular de Madrid para atacar la propiedad de los católicos, disponer en cosas sagradas y sobreponerse á los cánones y á la autoridad eclesiástica en asuntos de su competencia?

Los cementerios construidos con el dinero de los católicos; conservados y cuidados por ellos, son de los católicos, si el Sr. Rivero quiere un cementerio para los protestantes, compre terreno y constrúyalo enhorabuena; pero no nos quite lo que es nuestro para cedérselo á ellos. La libertad de cultos que desgraciadamente se ha proclamado en España, podrá autorizar á los protestantes, á los moros y á los mormones á construir cementerios propios, como los católicos hemos hecho los nuestros, mas no á invadir

la morada que hemos elegido para después de nuestros días, más sagrada y digna de respeto aún que aquella en que vivimos.

Por otra parte, desde que el cementerio ha sido bendecido y consagrado por la Iglesia, es obligación de todo católico respetarlo como mandan los cánones, que son superiores á las órdenes del Sr. Rivero y á injustas exigencias de los revolucionarios. A los mismos protestantes, si tienen alguna fe en su religión, habrá de disgustarles la orden del alcalde popular. ¿Cómo después de haber vivido separados y enemigos de los católicos han de querer descansar junto á ellos y en tierra bendecida por la Iglesia?

Deben advertir también el Sr. Rivero y los periódicos que aplauden este rasgo de despotismo alcaidesco, que como hoy ha muerto en Madrid doña Paulina Gómez perteneciente á la Iglesia evangélica, puede morir mañana un judío aborrecido de la cruz, y ¿se le obligará á ser enterrado junto al signo de nuestra salvación?

La legislación española desde la creación de los primerosementerios católicos, no abolida ni modificada todavía, reconoce la autoridad de la Iglesia sobre los cementerios, autoridad ejercida siempre hasta en los últimos tiempos con sujeción únicamente á los Sagrados Cánones.

¿Le da la libertad de cultos derecho al Sr. Rivero para legislar por sí y ante sí contra las leyes patrias y las leyes canónicas?

¿Está facultado el alcalde para disponer que los moros entren en la iglesia á adorar á su zancarrón, mientras nosotros adoramos á nuestro Señor Jesucristo? Si no está facultado para esto, tampoco lo está para disponer que celebren sus ceremonias en el cementerio.

Protestamos, pues, contra esta arbitrariedad y contra la injuria que en ella se hace á todos los católicos, que sean algo más que católicos de nombre.

Escrito el párrafo anterior, leemos en *La Correspondencia* las líneas siguientes:

«En el día de ayer estuvo conferenciando el visitador eclesiástico de esta capital con el señor alcalde primero, con motivo de la comunicación que á esta autoridad le dirigió la popular, para que se diera sepultura, como así se ha verificado, al cadáver de una protestante española en el cementerio del Sur. La autoridad eclesiástica parece que piensa protestar de esta inhumación, á pesar de que el señor alcalde manifestó que el enterramiento podía verificarse, si bien dentro del cementerio católico, en un sitio aislado, donde se guardara el cadáver, á fin de evitar la secularización de los cementerios.

El Sr. Rivero decididamente ha nacido más para gran baja que para humilde democrata. Eso de querer enseñar un alcalde á la autoridad eclesiástica si puede ó no verificarse el enterramiento de un protestante en lugar bendito, es la pretensión más soberanamente ridícula y jactanciosa que puede dar de sí el orgullo democrático.

¿No dispone de la fuerza el Sr. Rivero? Pues obligue á la fuerza á enterrar al protestante, y asunto concluido.

En algo se ha de conocer que somos libres.

La Nación, diario progresista, copia el suelto en que *El Siglo* anuncia haberse formado causa por delito de lesa majestad, y añade:

«Sentimos el percance de nuestro colega, pero no tiene motivo de queja. En otros tiempos esas enajenaciones eran diarias en los periódicos liberales, mientras que los amigos de *El Siglo* ponían en las excelencias de la legislación de imprenta entonces vigente.

«No estaría contento *El Siglo* con que se aplicase aquella invidiable legislación? ¿No eran sus nombres de los que proclamaban la necesidad de apretar los tornillos á la prensa? Pues entonces, ¿por qué se queja? ¡Si debe estar satisfecho, contento y agradecido!»

Lo primero que se nos ocurre es preguntar á *La Nación*: ¿para qué se ha hecho la revolución si habían de continuar las mismas leyes, las mismas trabas y la misma arbitrariedad? Siguiendo las cosas en el mismo estado, ¿valía el simple cambio de personas los trastornos que de Septiembre acá se han causado á la nación?

Pero no estamos en el mismo caso, sino mucho peor, con lo cual decimos que tampoco con los moderados estábamos bien.

Cuando hay una ley y el Gobierno obra conformándose á ella, el escritor sabe á que atenerse; y al tomar la pluma para escribir, puede calcular de antemano la responsabilidad que arrostra y el castigo que se le podrá aplicar; pero cuando el Gobierno proclama la libertad absoluta y castiga luego lo que le molesta; cuando la ley no prohíbe lo que el gobernador declara prohibido; cuando hasta se suponen delitos de lesa majestad humana cuando han sido abolidos los delitos de lesa majestad divina, el escritor anda perplejo y vacilante no teniendo ningún criterio á que sujetar sus actos, y creyéndose siempre expuesto á incurrir en el desagrado de quien manda.

Y no basta el decir que los tribunales harán justicia, porque todos sabemos lo que son los procedimientos en España, y es triste cosa esperar en la cárcel á que los tribunales declaren que el gobernador ó otra autoridad se ha equivocado.

Por eso lo conveniente, lo necesario, es aclarar el asunto, no caigamos en la atrocidad de aquel emperador romano que fijaba las leyes en paraje donde no pudieran ser leídas.

¿Hay ó no libertad para expresar los pensamientos por medio de la imprenta?

¿Es este derecho legítimo ó no?

Si es legítimo, ¿qué leyes son las que lo regulan?

A todos conviene que se conteste categóricamente á estas preguntas para salir de dudas, y

evitar disgustos que hoy tiene *El Siglo* y mañana podrá tener *La Nación*.

Aunque *La Iberia* nos repita que nos metemos en camisa de once varas, vamos á terciar en la polémica que sostiene con *El Universal*, para advertir, así como de pasada, al diario sagastino que en materia de derechos individuales no sabe lo que se pesca, cosa que, poco más ó menos, sucede también á su inspirador Sagasta.

La Iberia está conforme con su contrincante en que la ley no puede obrar contra un individuo que confiesa tener un fin ilícito, hasta tanto que, poniéndole en práctica, convierte en un acto esa intención. Pero piensa que *El Universal* no tiene razón cuando dice que si esto sucede con un hombre, lo mismo sucederá con dos ó más.

«Alto aquí, exclama *La Iberia*; la ley prevé y castiga, no solo la tentativa y el delito frustrado, sino la conspiración y la proposición para cometer un delito. Léase el Código penal y se encontrará este artículo que el colega olvida.»

Desafiamos al diario progresista á que nos cite ese artículo del Código, aunque acuda para ello á su amigo Zorrilla. Por lo demás, la salud de *La Iberia* es lo más inesperto y lo más ridículo al mismo tiempo que puede ocurrirle á cabeza progresista. Está hablando de la teoría de los derechos individuales, de sus limitaciones y de su ilegitimidad; y para probar que el derecho de asociación es limitado y legítimo, cita un artículo del Código penal! No puede llegar á más la ignorancia ó la desfachatez, que no sabemos cuál de estas cosas prueban aquellas palabras.

De modo que si mañana sostiene un periódico que la emisión del pensamiento por medio de la imprenta es ilegítima, *La Iberia*, para probar lo contrario, será capaz de citar la ley de imprenta de González Brabo!... ¿Pues á que queda reducida la teoría de los derechos individuales, si puede ser modificada y aun anulada por leyes anteriores á la gloriosa revolución de Setiembre? ¿En qué quedamos, señores ministeriales, pontífices máximos de la Iglesia liberal, oráculos sublimes de un Dios inventado por vosotros, de una moral hecha para vuestro uso particular y de una doctrina que vosotros declarais verdadera declarándolos al mismo tiempo infalibles... ¡infalibles vosotros comediantes ridículos de la religión, de la filosofía y de la política! ¿en qué quedamos? decidnos. ¿El Código penal está sobre los derechos individuales ó los derechos individuales sobre el Código penal? ¿O acaso la divinidad sagastina y su profeta *La Iberia* están sobre los derechos individuales y sobre todos los Códigos del mundo!!

Otra vez han vuelto á ser los derechos individuales objeto de discusión en el Congreso de diputados constituyentes. Ayer fueron los señores Castelar y Cánovas del Castillo los gladiadores en esta nueva lucha de teorías utópicas que se ha inaugurado con la revolución setembrina. Imposible parece que hombres de indisputable entendimiento y de vasta instrucción resuciten doctrinas que han caído ya en completo descrédito bajo el peso de la inexorable experiencia.

El Sr. Castelar, quitando el polvo y las telarañas á los libros filosóficos del siglo pasado y presentando sus absurdos é impiedades como luz nueva que ha de iluminar los horizontes de lo porvenir, nos hace el efecto de un restaurador de muebles viejos, que después de barnizarlos los pone en el escaparate de la tienda para engañar á los incautos. El Sr. Castelar no añá una idea nueva á las que ha emitido siempre que ha hablado sobre el mismo asunto.

El Sr. Cánovas se levantó en seguida á definir claramente su posición respecto del Gobierno y de los principios sustentados por la revolución. La duda, la incertidumbre, el disgusto de lo presente, la fuerza de su inteligencia, las preocupaciones de partido, la lealtad á su pasado, todo esto junto hace del Sr. Cánovas una personalidad *sui generis* que no está bien en el Parlamento revolucionario, ni tiene sitio propio fuera de él. Rechaza los hechos consumados cuando son hijos solo de la fuerza, pero los admite siempre que la experiencia le demuestre que son provechosos. Es unionista, pero se declara irresponsable de lo que los unionistas han hecho de Septiembre acá. Es moderado, pero no quiere á los moderados. Ama el orden, pero no quiere que se mermen los principios razonables del liberalismo. Es liberal, pero detesta la anarquía y pide fuerza para el Gobierno y se declara representante de las clases conservadoras.

¿Qué es, en resumen, el Sr. Cánovas? El mismo no lo sabe. Su claro entendimiento y la rectitud de sus intenciones le conducen muchas veces hacia la verdad, pero una fuerza extraña le detiene en el error. Le falta valor para romper con su pasado y con sus preocupaciones, y le sobra inteligencia para confundirse entre la turba multa de los liberales de relumbron. Este valor solo se forma con el calor de aquella luz que procede del cielo é ilumina el entendimiento y el corazón. Esa luz no ha roto todavía las espesas nieblas en que se ve envuelto el señor Cánovas. ¿Llegará á romperlas? Lo deseamos sinceramente.

Las religiosas del convento de la Latina de esta corte, tomaron los últimos meses del año pasado á un sacerdote por segundo capellán, y como á tal le cedieron una de las habitaciones contiguas al convento, con la condición de que había de dejarla si por circunstancias especiales las religiosas la necesitaban,

Estas circunstancias llegaron pronto con la traslación de las monjas del Caballero de Gracia al mencionado convento. Su capellán necesitaba de habitación y las religiosas de la Latina dijeron al sacerdote de quien se trata que conforme á lo estipulado dejase la vivienda que tenía. Esto pasaba en Enero, según tenemos entendido, y á pesar de las súplicas de las monjas y de la orden de la autoridad eclesiástica, ese desgraciado sacerdote se resistió á salir de la casa hasta que la autoridad civil tuvo que echarle.

Pero al obligarse á D. Diego Navarro Alonso, que así se llama ese desventurado sacerdote, á dejar el uso de una cosa que no le pertenecía, ha intentado llevarse consigo la honra inmaculada de santas vírgenes del Señor, y al efecto, ha caído en la ridiculez de revelar con mucho misterio al delegado del Gobierno un secreto público, y cometido la insensatez de dirigir á *La Igualdad* un asqueroso comunicado, que hoy copian con fruición otros periódicos revolucionarios.

No tratamos de bajar á contestar á ese escrito; nuestro objeto al escribir este párrafo, no es otro que sacar á la vergüenza la conducta de ese desgraciado, y asegurarle que si con ella ha entristecido hondamente á los buenos católicos, en cambio los revolucionarios mismos que la aprovechan, la miran con asco.

Dice *El Imparcial* que una vez dada forma á la revolución con el Código fundamental «las cuestiones que han de dar lugar á debates de mayor interés entre la mayoría y la minoría, las que más se han de prestar á sostener la política á cierta altura; son las del nombramiento del monarca y la interpretación de los derechos individuales.»

«Pues no decían Vds. que la Constitución de 1869 tenía por objeto establecer los derechos individuales de una manera clara y terminante, sin que cupiesen tergiversaciones? Estamos frescos, si ahora resulta que la nueva Constitución es ni más ni menos que las anteriores, que cada fracción puede interpretarla á su gusto, y que puede gobernar con ella tanto el Sr. Cánovas, como los progresistas.

Ya sabemos nosotros que los derechos individuales habían de ser objeto de grandes discusiones, y si no lo sabíamos ya lo esamos viendo; pero nos hace gracia la frescura con que *El Imparcial* nos cuenta como cosa muy natural y corriente, que después de votada la ley fundamental, estén en perpetua discusión los derechos individuales.

El Sr. Castelar pronunció ayer un discurso encaminado á demostrar que el nuevo ministerio no puede satisfacer las exigencias de la revolución, ni tener siquiera una política compacta y unida, como corresponde á todo Gobierno.

Para ello, se fijó especialmente en las diferencias políticas que existen entre el Sr. Becerra y el Sr. Sagasta, y recordó la teoría de los derechos individuales tal como la han sustentado juntos el actual ministro de Ultramar y él.

Para el Sr. Castelar como para el Sr. Becerra, los derechos individuales son ilimitados, ilegales, imprescriptibles.

Ahora bien; el Sr. Sagasta no quiere que se den vivas á la república, y dá circulares limitando la libertad de imprenta. ¿Como han de estar juntos, decía el Sr. Castelar, Becerra y Sagasta, si aquel sostiene y profesa las doctrinas que este reprueba? Para vivir en el ministerio, añadía, tendría el Sr. Becerra que abdicar de sus opiniones, lo cual no creo que hará; y como el Sr. Becerra indicara con la cabeza al Sr. Castelar que no abdicaría, este repuso: «pues entonces, Sr. Becerra, pida S. S. al Sr. Sagasta que retire su circular sobre imprenta, ¿está S. S. dispuesto á hacerlo? El Sr. Becerra no contestó, dando de esta manera la razón á los que dicen que la conciliación es imposible y absurda, y que el nuevo ministerio nace muerto.

Discurriendo ayer el Sr. Castelar acerca de la formación del nuevo ministerio, y de la política que representa, recordaba que hubo una sesión en que tratándose de los derechos individuales el Sr. D. Cirilo Alvarez sostuvo que eran legítimos y que en aquella misma sesión se levantó á contradecir la teoría del Sr. Alvarez sosteniendo que los derechos individuales eran ilegales porque constituyen la base de toda legislación.

Después de este recuerdo añadía el Sr. Castelar:

«Pues bien: el señor presidente del Consejo de ministros ha ido á ofrecer la cartera de Gracia y Justicia al Sr. Alvarez y al Sr. Martos. De suerte que esta es una política personal, sin ideas; una política de legión que está condenada á una grande esterilidad para el bien y á una fecundidad inmensa para el mal.»

No le faltaba razón al Sr. Castelar y hasta las últimas palabras del precedente párrafo podemos hacerlas nuestras, aunque no entendamos el bien de la misma manera que el Sr. Castelar. ¿Qué Gobierno, qué hombres, qué conciliación, qué política!

Un cierto periódico llamado *El Certamen* dice hoy que los carlistas y federalistas se han empeñado en tener en constante alarma á las personas de orden y á las personas laboriosas.

«Tiempo es ya, exclama azorado el dichoso papel, de que el Gobierno ponga coto á este escándalo.»

Es verdad, y si el Gobierno consigue lo que le pide *El Certamen*, luego le pediremos nosotros que contenga este calor canicular que nos abrasa. Porque si este Gobierno presidido por el general Prim es capaz de devolver la tranquilidad

á este país, bien podemos creerle capaz de domar los elementos.

Tomamos las siguientes noticias de *La Correspondencia*:

«En el Consejo de hoy quedará acordada la forma en que habrá de sustituirse el decreto del señor Herrera, origen de la crisis.

«Parece que el Sr. Saavedra (D. Eduardo), ingeniero de caminos y oficial de la secretaría de Fomento, será nombrado director de Obras públicas.

«Se da por seguro que el Sr. Moret y Prendergast será nombrado subsecretario de Ultramar.

«Están ya rubricados los nombramientos del Sr. Fernandez de los Rios para representar á España en Portugal, del Sr. Rancés para Londres y del Sr. Mazo para Viena.

«El incidente desagradable ocurrido ayer tarde entre dos diputados en los pasillos del Congreso, á consecuencia de la votación no realizada de los ferro-carriles gallegos, se hallaba esta tarde en vías de arreglo satisfactorio, merced á las eficaces gestiones del presidente de las Cortes.

«Esta tarde ha estado á punto de ocasionarse otro nuevo disgusto á consecuencia de la votación tampoco hoy consumada por falta de votantes de los ferro-carriles gallegos. Los diputados interesados en la votación se muestran muy indignados porque sus contrarios hacen imposible la terminación de la ley con sólo abstenerse de votar, como lo hicieron ayer y hoy.

«No es cierto que haya partidas republicanas de 500 hombres ni de menos en Córdoba, como dice un periódico. Tal vez ha sido fundamento para esta noticia el rumor de que los carlistas tienen organizado allí un batallón de partidarios suyos.

«Nuevas cartas de Bayona recibidas hoy confirman las noticias de que D. Carlos debe llegar á Bayona á fin de la próxima semana á más tardar, á cuyo fin se le prepara alojamiento en casa del señor marqués de Lalanda.

«El sábado parece que se verificará en el parque de Madrid el banquete con que el regente obsequia á los jefes de voluntarios.

«Por un despacho telegráfico recibido esta tarde por el director de comunicaciones procedente del embajador de España en París, ha conseguido este que se rebaje á las cartas de nuestra nación los 5 céntimos que pagaban; y se está negociando además el aumento de peso á cada unidad hasta 10 kilogramos.

Se ha presentado á las Cortes la siguiente proposición de ley:

«Se declaran dignos de ser colocados en el Panteón Nacional los restos del insigne escritor fray Gerónimo Benito Feijóo.»

Palacio de las Cortes 14 de Julio de 1869.—Mosquera, Chave, Amoeiro, Soto, Carretero, Pellon y Marquina.

Tenemos una verdadera satisfacción al anunciar á nuestros lectores que el promotor fiscal del juzgado del distrito del Hospicio ha devuelto la causa instruida contra el presbítero Sr. Pastor, por atribuirse palabras inconvenientes pronunciadas desde el púlpito de la iglesia de San Martín. El ministerio fiscal pide la absolución del procesado.

Así lo esperamos, vista la inocencia del eloquente orador sagrado, reconocida en él por la opinión pública, tan generalmente pronunciada en su favor.

CORREO DE HOY.

El *Osservatore romano* publica íntegro el manifiesto de D. Carlos, y dice de él lo siguiente: «Digna, elevada, franca y fundada sobre sólidos principios es la carta de D. Carlos á su hermano D. Alfonso, carta que forma un programa nito, explícito, apto para establecer un nuevo orden de cosas duradero en España, rechazando las teorías ruinosas, y teniendo en cuenta las necesidades de los tiempos, sin separarse de aquello que la experiencia ha demostrado ser necesario para la felicidad de los pueblos.»

ULTIMA HORA.

CORTES.

Al principio de la sesión de hoy se ha leído una proposición pidiendo á las Cortes que acuerden suspender las sesiones hasta 1.º de Octubre.

Apoyóla el Sr. Moret, rogando á la Cámara que la tomara en consideración.

Se tomó, en efecto, y cuando el presidente dijo que pasaría á las sesiones para el nombramiento de comisión, pidió la Cámara que se discutiera.

Habló en contra el Sr. Ramos Calderón, y en pró el Sr. Figueras, siendo aprobada la proposición en votación ordinaria.

Se nombró una comisión permanente compuesta de los Sres. Santa Cruz, Madoz, Vega Armijo, Abascal, Romero Giron, Rodríguez, Pi y Margall y Sorni, para que auxilie á la mesa durante el interregno parlamentario, y se levantó la sesión.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Fabra).

LISBOA, 14.—El Obispo de Vizeu, ministro de la Gobernación, ha celebrado largas conferencias con el diputado Ribello da Silva y otros.

Ha podido convencer á sus compañeros de Gabinete de que no era oportuno presentar sus dimisiones.

El ministro proyecta otras contribuciones para hacer frente al déficit.

Hoy se ha presentado á la mesa del Congreso una proposición para que todos los empleados activos y cesantes hagan su servicio en las oficinas del Estado por turno durante el término de un año.

Signe el disgusto del comercio contra el Gobierno.

PARIS, 14.—Hoy por la mañana los ministros dimisionarios se han reunido en consejo bajo la presidencia del emperador.

Circula el rumor de que la oposición radical del Cuerpo legislativo va á dirigir un manifiesto al país.

En la Bolsa de hoy se han cotizado: 3 por 100 exterior español, á 29.

El 3 por 100 francés, á 71-70.

4 1/2 ídem, á 103.

5 por 100 italiano, á 54-75.

LONDRES, 14.—Consolidados ingleses, de 93 7/8.

Fondos portugueses, á 34-62.

PARIS, 15.—Gréese que M. Rouher será nombrado presidente del Senado.

El nuevo Gabinete quedará constituido el sábado.

Créese generalmente que los Sres. Forcade, La Roquette, Drouyn de Lhuys y Behic entrarán en la combinación.

